







CONJURO Y OTROS POEMAS JUAN FELIPE ROBLEDO

Juan felipe robledo

Conjuro y otros poemas



Colección
Lima Lee




JUAN FELIPE
ROBLEDO

Juan Felipe Robledo

Nació en Medellín, Colombia, en 1968.

Es poeta, ensayista y profesor de Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Ha publicado los libros *De mañana, La música de las horas, El don de la renuncia, Luz en lo alto, Dibujando un mapa en la noche Días de gratitud y Donde se usa la palabra alma* entre otros libros y antologías de poemas; además, ha realizado selecciones de obras poéticas del Siglo de Oro, el Romancero español, así como de poetas colombianos y del escritor Rubén Darío. Ha recibido el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas (México, 1999) y el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia (2001).

Conjuro y otros poemas

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

CONJURO Y OTROS POEMAS

Lección básica de historia

Para Álvaro, mi hermano

Terso es el mundo, nefelibatas,
limpio y grande es el mundo,
cuando no tenemos en frente los cables de la luz.

El mundo es una lechuga sin pelar
y dando tumbos
en galáctico escarceo.

El mundo está triste,
tan triste como el dibujo del Topo Gigio en un basurero.

El montón de flores en la poceta las ha dejado el orante tras su malograda cita,
estarían mejor en la cabeza de
Lucrecia,
y la verde tinta que se riega sobre ellas es la sangre de una estilográfica que las acaricia quedo.

Mariposas clavadas por alfileres de plata, plata de Cuco o Yarumal, decoran las paredes del dormitorio junto
al lavadero.

Y las mariposas no quieren volar, quieren quedarse a vivir con los nefelibatas,
en ese terso mundo de lechuga,
lechuga sin pelar,
pateada lechuga frente a los cascos de los caballos que decidieran el día en el Pantano de Vargas,
y que no oyó la voz de aquel chiquito con alma de escalario, gritando:
«¡Coronel, salve Usted la patria!».

Esa lechuga, aquella que es un mundo, habrá asistido,
pateada por quedos pies,
a las lecciones de historia patria,
llenas de adjetivos y denuestos,
loas a los mártires
y recuerdos de saltos por ventanas.

Esa lechuga que es el mundo
se está quieta oyendo la tarabilla
de las cornucopias y los canales,
lechuga que es el mundo,
verde y dorada, quieta ya, dicha curva, hogar de simetría su penumbra.

Esa lechuga, aquella que es el mundo,
sueña con verse dibujada
en la esquina inferior izquierda
de un mapa de la península de Yucatán.

Y esa semilla que es el mundo
se calla, no porque no tenga nada que decir,
sino porque la aburre la prédica insulsa de su tiempo,
y esa semilla que es el mundo
no se cansa de mirar por la ventana
y de bañarse con el agua de la poceta,
la que corre,
y esa poceta que es ya el mundo
derrama agua para lavarnos de nuestros pecados
hasta el fin de los tiempos.

La mano que te salva

Sentir el agua golpeando la espalda,
advertir que la vida se nos va en este suave golpeteo,
que es mucho mejor sentir el chasquido de la manzana en la boca,
su increíble cercanía, su tardo acercarse,
pues ni la biblioteca de Alejandría
o los papiros del viejo Aristarco
serán mejor medicina que la presión de una mano,
el vislumbre de la alegría en esos ojos,
la morosa delectación con que una frase se extiende hasta el infinito.
No hay dicha más definitiva en este gastado mundo sublunar
que el mágico arpegio de unos dedos,
esa compartida manera de evadirse.
Decir con Lezama:
«Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor»,
no nos librará del temblor que nos sube por la garganta
cuando recordamos su dichosa manera de estar allí
como lo están la música o el sabor de una fruta
o el juguete que en celebrado día nos dieron
y no habíamos visto en manos de niño alguno.
Ahora, soñar con la lejana, invencible, sagrada Moscú,
no nos hará olvidar el sitio en el cual deseamos
aquello que da fuego a la existencia.

Conjuro

La muchedumbre se despide, se despide una vez con lentitud,
vuelve a despedirse.
La plaza se queda vacía.
Un adiós queda flotando en el aire,
los papeles vuelan sobre cabezas invisibles.

Hay un grupo de soldados empujando a los mendigos,
las monedas ruedan sobre el pavimento,
en silencio las botas rastrillan fósforos rotos.
No hay árboles que iluminen, que den aire.
El unicornio ha llorado sus ojos en esta tarde de agosto.

Los recuerdos sobreviven con dificultad en las ondas del río subterráneo.
El día está deshecho, el día no canta una *canzonetta.*
Los asesinos saben que pueden aprovecharse del dolor de los embreados.
Los luceros han sido descolgados del cielo,
los pintalabios han manchado todos los pañuelos del mundo.

Un borracho ha gritado su dicha y, sin dudarlo, se ha estrellado en la
autopista.

Los pollitos que llevaba un camión corren libres y se salvan porque mucho amor han derrochado.
Nadie asoma por el otero, la cerveza está tibia, hace daño en la garganta.
El lunar de la cantante vive separado de ella, se mete en los ojos del fanático.
Y todos sueñan con un viento recio que barra las nubes, que hoy deshaga este conjuro despiadado.

Oscuro origen

De una turbia sensación nacen algunos poemas,
bloques pesados que se van deshaciendo entre los dedos
y pueden llegar a ser la pura sutileza, la levedad.

Estos desvanes sucios y oscuros no conocen un oasis de sosiego,
la claridad los dejó de lado
y ningún héroe los recordará en el instante de la muerte.

Hacen que dudemos de la tarea de hacer versos,
nos preguntamos si será bueno ofrendar la vida a este ídolo que no parece cambiar a nadie con su brillo tenue,
el temporal doloroso del corazón no alcanza a explicarnos el sentido de este tránsito.

Pero hay florecitas sobre la tumba del olvidado escribiente,
mañanas de poemas sin término nos permitieron vivir en paz con los ancestros,
y el oscuro inicio de esta canción nos ha dado fuerza para cruzar la llanura.

La poesía es, también, esa mancha de grasa sobre la que el niño dibuja el rostro de su madre.

Donde se usa la palabra alma

Alma era la palabra que se usaba,
y no creo que haya una mejor para hablar de esa fuerza discreta,
columna dorada que creíamos perder de vista al término de un domingo gris,
y la cual era hojas volando sobre nuestras cabezas,
un poso de vino no muy turbio,
un verso que regresaba para irse segundos después,
y era la alegría que no se agota sino que puede volver,
cuando no la esperamos.

Eran las pruebas de un tiempo deslucido las que soportaba el alma,
el dique parecía ceder, y nunca se desmoronaba, jamás lo hizo.
No había ardillas que corrieran de un árbol a otro,
las tablas del puente, desgastadas, estaban manchadas y mohosas.
El tono era desesperado, el amor de las muchachas imposible,
los poemas apenas un montón de palabras yéndose de las manos,
y el alma continuaba sosteniéndonos, no lo sabíamos.

Las palmeras deshilachadas del frío acogían a gatos callejeros que corrían
desesperados,
huyendo de los perros iracundos,
los días nos dejaban con un sabor terroso en la boca,
todo parecía un poco triste, muy lejano,

pero ese cosquilleo que siempre nos advirtió de otra noche, otra mañana,
no nos abandonó.

Los corazones se lanzaron a campañas desgraciadas, condenadas al fracaso,
el tiempo era denso, asfixiante.
Había un rostro hermoso en la cabecera de la cama,
muchacha de oro y sonrisa grata que no se decidió —a pesar de nuestra desesperación— a besarnos en el sueño,
la cerveza espumaba, volvíamos a subir la cuesta del olvido cada viernes, y mañanábamos angustia.
El alma, terca y distraída, no se fue de viaje.

Vimos botellas flotando en el agua sucia que recorría los baños de innumerables barrios,
ilusiones devastadas, dureza en las pupilas,
no podía ser más confusa la vida, más incompleta, más torcida,
pero el alma, rumorosa, nos siguió con amor, como un perrito, como un ladrón novato,
nos ayudó a cruzar la noche, la del viento que quema los dedos, las mejillas,
y dejó que el trigo cayendo en el silo hiciera música para nuestro sorprendido corazón,
amiga atenta, enramada del anhelo, soñado reposo que llegó después de las horas,
y nos enseñó a besar cuando la luz se había ido y solo quedamos ella y yo,
en silencio.

Marina Tsvietáieva habla con la noche

Cuando brille la coraza plateada
a la sangre de mi hoguera,

cuando brille esa coraza pura, luminosa,
cuando brille sin amor bajo la luna.

Cuando brille la lejana, la encantada,
y la linfa blanca corra por las manos.

En la noche de los búhos, los murmullos,
cuando la zorra se pasee por la era,

cuando al campo lo visite la menuda lluvia,
la que no ha conocido sosiego desde el inicio.

Y en el campo nos arrastremos como heridos por el rayo
y el recuerdo de este tiempo de astromelias nos golpee.

En ese tiempo que no hemos elegido, sin deseos,
se eleve sobre un puente la horca del condenado.

Te daré un beso en la frente, uno que todo lo borre,
una bendición que te llene y sea dicha sin prisa, amorcito.

No escribiré un testamento

No habrá cajas funerales que entorpezcan la tarde,
cardúmenes de ballenas no despedirán el túmulo de mi olvido.
Hace tiempo pensaba que las cosas habrían de ser luminoso encanto,
pero la hierba y el jardín de los domingos está revuelto.
En los pies adoloridos se hospeda la cansada vida
y el acero puede atravesar la dermis sin hacerla sangrar.
Los lentos e imprecisos momentos que fui malgastando
no van a cambiar a nadie. Abrazamos el día
y en él nos refugiamos, condenando el tedio que se nos cuela.
¡Qué bueno será dejarse ver cerca del río,
en la corriente descubrir el sitio de lo imprevisto,
el apalancado dominio de la muerte en la brisa,
y que el oso parco nos pesque como a salmones torpes!

Adiós a un día

¡Cuán terrible es el mundo! Hay parejas que lloran y se besan en los cafés y no encuentran grandeza alguna en estas instantáneas que han nacido para el olvido. Todo es tan absurdamente real, verosímil y ajustado a los rieles del devenir que da vergüenza. Hace falta algo de irresponsable entrega al reino de las sábanas cansadas para entender cuán importante es conservar el alma fuera de este sumidero.

El día brillante, en el cual hubo animales mirando por la ventana el despertar de la lluvia, el día de los libros acariciados y la galleta deshaciéndose, el día tardío del corazón llega a su fin, prepara su muerte sin tristeza, se dobla sobre sí y mira el suelo. Nosotros lo recordamos horas después de su partida, con una atenta mano sobre su lomo estirado en la distancia, y nos sentimos tranquilos, seguros, alumbrados por la confianza de siempre.

Un tiempo que no avanza, el crecimiento alerta de los nódulos linfáticos no son excusa suficiente para dar por acabada la memoria que nos rodea. La música

puede seguir brillando, despertando, amando a aquellos que con humildad la oyen. Los rumorosos robles, los alerces, el canto del viento son compañía suficiente para dejar que se vaya el día. El tiempo nace de la inveterada costumbre de no desear con suficiente fuerza.

Del perdón

Un corazón repleto de la leche de la bondad humana no tiene tregua, no se detiene en ninguna senda devastada, en ningún camino flanqueado por montones de heno deshechos, aunque llene los ojos la miseria de un horcón huérfano o el vuelo de sucios pájaros ahítos de batir alas sobre el polvo.
Porque el cielo desusadamente brillante, el amor del sol a las semillas, esa corriente subterránea que humedece el día y la tersa noche, no impiden que nos sintamos molestos, por encima de nuestro astuto silencio, con el cuadro presuroso de muchachos que pelean en el rastrojo, y entonces recordamos el himno solidario que cantábamos por lo bajo ante el balbuceo azorado de nuestros mayores y cómo oponíamos la certeza de la mañana en nuestra mirada a la luz sin auspicios en su pupila.
Aún podemos aprender del corazón su entramado vaivén, el sosiego que nos ofrece sin que nos demos cuenta, podemos coger con una mano al que golpea y dar fuerza a su odio, llenarlo de convicción y extrañado

delirio, amamantar su ansia para que así nos demuestre en qué lugar ha puesto el alma, y luego podemos darle un abrazo que sea alegría y verdadero encuentro y olvido después del odio.

Consejos para los amigos

No temor guíe tus pasos, amigo de tardes, no ansia de voces a lo lejos ni ese habitar el espacio que nos deja tan vacíos y llenos de espanto, no un vuelo de hojas en otoño ni el brillo del sol en un espejo. Deja de preguntar por fechas y sitios y números, no esperes trabajar y llenarte de monedas o billetes, no ames el tañido agorero de la campana ni el agua lustral o las espadas de los guerreros. Que el amor, el odio y la desdicha sean tuyos, la grulla el ave y tu árbol el roble blanco y tu montura el caballo (el de los frescos y retablos, no el del corral), tu sudor la tinta del papel jadeante, tus pies el soporte del mundo, tu voz un registro de las vacilaciones de los hombres, tu rostro una bandera atravesada por lanzazos. Que tu letra parezca un mal juego de los dioses y no te sea dado terminar cada frase y tus ojos se acostumbren a volver sobre las cosas y se haga seca estopa tu alma y haya hendijas en tu lengua y todo tenga para ti un sabor a sopa de cebolla rancia y pan de estaño.

No atrevas tus sueños por grutas o alto cielo, no desciendas ni vueles, quédate quieto y tócate las puntas de los pies,

maldice el olor de tu boca al levantarte y contémplate con gazmoñería, condena tu sonrisa y la manera como caminan tus pies, balbucea cuando cantes en la ducha, date espacio para palabras turbias, masca ruidosamente tu arepa y toma malteadas por cientos y millares.

No seas tan hierático, sino esperpéntico y volcánico y locuaz, muérdeles la oreja a tus amigas, abraza a tus amigos, comparte con ellos viejos odios y prejuicios, exige a los que te quieren su presencia justa (nunca extraños, nunca tan cerca como para alejarte de la mesa), espera las voces del cariño, esos cantos de sirena (quiera el Hado ofrecerte una postal cada vez que desees un rostro), salda tus deudas con la historia y atrévete a reconocer tu ceguera y tu insultante forma de pisotear a los que sufren.

Recuerda (el ceño alerta y los brillante ojos) la dicha de haber soñado en un baño tu no existencia, y conserva en las venas una cosa pesada, como si te hubieran inyectado leche o sopa o la definitiva alegría de estar muerto. Rompe promesas y luego reanúdalas, condena y ensalza, muda tu opinión con cada acento, simula hablar lenguas que no conoces, no desees escribir la Obra, no pretendas descubrir el sentido de tus acciones y no te sea reservado

conocer en profundidad nada para que todo te parezca perfectamente idéntico.

Aprende del rasgar de las ramas en las ventanas y del sonido de tacones sobre el cemento, siéntate entre dos tabernas a amarrarte los cordones para luego dejarlos volver a su centelleante libertad, olvida tanta esquiva endecha y atrévete a desafiar el Leteo, paséate entre papagayos y aves del paraíso y ruiseñores y hazte un sancocho con sus huesos y sus plumas y no invoques a Prometeo. Tómate el día y también la noche, acostumbra tus tardes al desasosiego, ama el completo abandono y el dolor entre dos, no seas tan ingenuo como para creer en las palabras ni tan altivo como para no usarlas, mánchate de vida y esparce al aire semillas de esparto. No vaciles más.

Palabra que no dice

No dice la palabra,
no dice cómo lo hace quien dice:
«No tengo dinero, no hay para una limosna»,
la callada palabra no dice hoy: «Me debes»,
y que no diga es una bendición.

La palabra no dice, no canta en el centro del plató,
la palabra está sola, limpia su cara y se atusa el bigote,
está ahí, gordita, esperando para entrar en el baño.

La palabra salterio, la fantasiosa, la inteligente y estentórea,
no nos ha concedido una cita, no se muestra para nosotros.
Adormilados, acariciamos sin ganas la palabra cotidiana
y ésta sí nos cobija, cómo nos quiere sin que lo notemos.

La palabra cocina un potaje de amor
y es mamá regresando de comprar pastelitos para su amado perro negro,
nuestra ropa dejada a merced de la espuma en un platón con agua,
el tenedor que se enredó en las sábanas,
la mancha asimilada a un rostro en la ventana.

Esta, la palabra que no exorna un yelmo
y es aceite turbio en el mesón de la cocina
y telaraña en el descansillo de una escalera
y trepidación de un insecto en medio de la noche,
esa llave que nada abre y conservamos por si acaso
es, ahora, la palabra.

(Pequeña camarada que aprende con nosotros a contar el tiempo,
a dividirlo y multiplicarlo y sumarlo y restarlo de lo que nos queda).

Nos debemos al alba

Traicionar las palabras,
canjear su peso, su color,
en el sucio mercado de los días
es acto que nos llena de muerte
y ceniza y vago afán.
Ha de ser castigado
con el hierro, la soledad,
el tedio y la miseria.
Nos debemos al alba,
plateros, a la dicha,
y al canto y al remo
y al ensueño trazado en la garganta
y a mañanas sin prisa
en las orillas de un mar que ya no es.
Porque al final todo es olvido
para quien al tráfago su sangre dona,
a la *parla chi suona*
y a conversaciones con tontos
y mercachifles,
y comete delitos en descampado

con las pequeñas,
las terribles y mansas
y arteras palabras.

A mi recuperada pluma

Estás entre mis manos
y yo, que te creía
vagabundeando por una oficina cualquiera
de la vasta y (lo imagino) monótona Long Island,
agradezco a los hados el saberte cercana.
Es una bendición verte brillar graciosamente, trazando letras
para el olvido.
La vida es un largo aprendizaje de lo que pesa
y de lo que leve
ha de seguir por siempre.
Tú pesas en mi mano; la punta que al papel baja
es ágil como una hoja de jacarandá.

El habla

Luchamos por hacer brotar del oscuro silencio
un momento distinto
en el que los árboles nos recuerden el hogar
y en paz estemos con los hombres.
Nos atrevemos a este himno,
sabiendo que en el alado mañana
hay una sonrisa que nos espera
y una confesión que brilla entre los nombres
y también en los verbos.
Aguardamos concluir el canto que jamás termina
para no tener que cruzar el Leteo
y saber que, en albo tiempo,
luego de las tardes,
habrá sosegada dicha y abrazos y amor comentado.

Brenner's Park Hotel

Para Max Daege

En los años veinte o los cincuenta
se detendría el tiempo por siempre,
posible sería alegrarnos aunque no lo soñáramos antes.
Nada es tan definitivo como la botella azul que tenemos enfrente,
el paseo del arroyo nos habla de un tiempo de nomeolvides,
cautelosa eternidad que nos enseña cómo lo importante
siempre está detenido en mitad de las rocas,
posible es contemplar una iluminada sala
en la cual una orquesta se afana,
con un civilizado programa,
por hacer de todas las noches una contigüidad placentera de verano.

Luz en la tarde

Para Álvaro, mi hermano

Por la imagen que para ti no tuve,
por esa manía vieja de querer un tiempo sin olvido,
me siento en esta mesa
e invento atardeceres de violencia
y rumores lejanos de otro día
(mi mamá llamándome a almorzar cuando Matías Sandorf dejaba el puerto).
Salgo a dar una vuelta de amigos por el parque
y estoy tranquilo con el destino que me ha sido dado.
Miro más allá de la ventana y soy alegre y digno
y estoy pleno de mí mismo
al recordar a Leonardo
pintando cabritos cerca del Arno.

Servidumbre

Un cerdo negro se pasea por la calle donde vive mi amada.
Su piel es brillante, no deja de hozar, de interrogar la tierra,
tengo en el corazón un peso muerto que me hace su esclavo,
lo acompaño en almuerzos frugales,
él se levanta en el tiempo, su sombra no me deja ver el cielo.

El huerto está revolcado,
y me duele reconocer que su barbarie no dejará que ella me bese,
su reino es el de la dicha censurada,
papilla espesa que no cae por la garganta.

Sueño con las imágenes exóticas del Panorama Imperial,
levanto una pirámide con canicas,
el cerdo las desordena, quiere comérselas,
estoy tendido en la playa de la resignación.

El alhelí es despedazado por mi amo,
la torrentera no canta, hoy no salta,
quiero vivir en otro sitio, donde la luz pueda acariciar las cosas,
el cerdo negro se ha tragado las estrellas.

Mis pies se dejan ir por este día,
patean piedras gastadas, piedras valiosas,
he subido a la torre del homenaje.
Soy valiente. Tengo sobre mis hombros el pellejo del cerdo.

Atravieso un sendero en tu sueño

Para Catalina González Restrepo

Un rayo de luz atravesando la rendija bajo la puerta,
tu corazón descansando, tus labios sonriendo,
el amor que conduce mis pasos fuera de la habitación a oscuras,
iluminando de lejos tu mano,
me permiten seguir adelante en la tarde
mientras los luceros quieren colarse en tus sueños.

La noche se anuncia,
la espera es una tormenta de truenos sordos,
la fiebre puede llegar en cualquier momento a tu frente,
pero no vence a la dicha que hoy nos ha dado un nuevo oasis.

Abandonamos las rutas de la caravana y seguimos otro sendero,
el agua no se agota en nuestros labios,
y masticamos sin prisa este sosiego de banquete sin deudos que tu reposo otorga.

Nuevo tiempo

Para Catalina González Restrepo

Nace el amor cuando menos lo piensas,
se acaba el tiempo reseco de las nomeolvides, del deseo marchito y agobiante,
los corazones laten de una manera misteriosa, callada,
y nuestras fotografías son láminas de un álbum que nadie más llenó.

Los zapatos hacen cantar al pavimento su romanza de antaño,
y sin que podamos evitarlo nos sorprendemos saltando un poco,
nos hacemos estampa de esta dicha que ha nacido después de la lluvia,
bajo un sol de enero.

Las mañanas son calladas cuando pienso en ti, tienen un rumor venturoso,
son mejores que el salmón y la champaña de hace tiempos.
No has nacido del fondo de una mente turbulenta,
tu rostro tiene el don de los ídolos pequeños, no hace falta llamarlo para que acuda a la cita.

Nuestro afán es distinto, y podemos asegurar que es pasto, es agua clara,
volvemos a repetir el nombre amado, y los días se van sin amargura.
Algo hay en esta risa tuya que ha encontrado el sendero, no vacila,
y me ofrece un amor que es bueno, bueno como ron sin disparates.

Deseos para los caminantes

Márcalos, márcalos,
en los días rubios que no quieren terminar,
en los sueños que no fueron iluminados por junio,
a los dueños de los números y las centellas márcalos en la frente,
mientras balancean sus manos con torpeza y no se atreven a decir nada
en la tarde blanca de la inanidad.

Que esa marca sea una tortura y un llamado,
permitiendo que las tiernas palabras que les dieron fuerza no sean
en vano,
haz que sus noches conozcan la desesperación,
y que sus manos acaricien el rostro de muchachas querendonas.

No olvides que hay desidia en sus actos,
que la lujuria los lleva a corredores oscuros,
y que las cáscaras de limón que mordieron con brutalidad todavía están
tiradas en la tierra de un jardín fragante.

Perdona sus yerros de tontarrones útiles,
excúsalos por balbucear al salir de casa,
no los dejes caer en la sucia envidia,
y regálales un crepúsculo sin remordimientos.

Rumoroso canto

Buscamos un canto reducido, uno del que se han extraído los afeites del lirismo,
un canto en el que no haya goletas ni contramaestres,
solo el campo iluminado por el sol,
la cometa arriba quejándose un poco,
los perros bendiciendo la tarde, haciéndola más fácil,
el dueño de casa dejándole a los invitados su licor más preciado,
todos los clavos guardados en un paño sucio, muy suave,
mientras el segador se entrega a su labor con devoción.

A su humilde reino no llegarán los cortesanos,
ni habrá en sus patios alguna prebenda que pueda ser repartida,
él es llama que no ha sido encendida en baja estopa,
la pureza ha marcado los alcoholes,
la niña que viene de la otra orilla del mar lo lleva en sus labios.

Y la arena que no deja marchar bien el mecanismo completa su labor,
porque sabe que el peso muerto de los días es necesario para afinar el canto,
hacerlo hondo, vibrante, rumoroso,
y aherroja los apetitos que asordinan el sentir,
nos ilumina en noche oscura, guía los pasos,
trazando una ruta clara en el bosque.

La piscina donde se pueden oír las canciones que no paran en la radio,
los conciliábulos nocturnos, las tardes sin fin,
han permitido que el canto llegue a nuestros oídos,
salga de la lengua, del pecho, del estómago,
y nos acompañe, nos acaricie.

Es virtuoso el que conoce sus notas, sus silenciosos titubeos,
pues este canto no conoce la traición, no ha sido destetado,
y los que se pasean cerca del agua saben de su amor,
hoy le han dado libre a la desdicha.

Un pequeño rumor crece, y empieza sin sombras la vida.

El incendio de los cargueros en el muelle

He perdido la mañana
por escribir este poema.
Eduardo Chirinos

Imagino que si hubiera resuelto a tiempo mis problemas con el cálculo diferencial
y las ecuaciones de aquellas tardes me sonrieran
ahora estaría resolviendo arduas negociaciones de comercio.

No habría llegado a este punto, en el que se confunde todo y el día es la noche y la
noche el día.
Estaría contento al saber que se puede vivir sin cosas que no deben decirse,
y el incendio de los cargueros en el muelle no sería un recuerdo impreciso del cuadro de
un pintor inglés.

La playa sería la playa y las palmeras cantarían en ella.
El techo me ofrecería su seguro cobijo y los días se elevarían en

majestuosa ofrenda a
una labor que siempre da frutos.

Marcel Proust no habría cumplido su malévola tarea,
y el tiempo no tendría resquicios en los que una sonata de la infancia
nos persigue.

No estaría perdiendo esta mañana.
Mi corazón se habría ofrendado a un dios silente.
No habría dicha en mi alma.

Acción de Gracias

A mamá

Las mujeres nos salvan
de tedio inmenso
y plateado mundo,
llenándonos de fortaleza
y, en las estancias de la infancia,
oscuras y vibrantes y plenas,
donde hay lámparas por mantas cubiertas,
hacen que detengamos el paso
y nuestro pensamiento vuela
o, mejor, se detiene y fractura
para empezar a vivir en el plexo,
la piel y las uñas.
Nos fijamos en las uñas, ¡aleluya!,
y contemplamos el azul sin pausa,
el océano es nuestro alimento
—cuna del tiempo—.
Presentimos distantes lugares
donde la historia es la misma
y no hay moraleja.

En cafés y calles y plazas y teatros
descubrimos el sonido de la risa y, dichosos,
nada aguardamos y somos plácidos y la fuerza nos habita.

Pasto recién cortado

Y el día se hunde en el fulgor del día,
el infinito desea abrazar este instante,
las primeras lluvias han bendecido el verde airoso de este prado
y la mañana ha reinado —altiva doncella—
para no ser olvidada.

El quieto dormir de las cuatro de la tarde
es una tela basta que debemos recorrer con dedos torpes,
pero el lejano son que acompañó a los cosacos y filibusteros, coraceros
y cuestores
no nos dejará perder el rumbo.

A pesar de los pesares,
un gusanito tierno que pasea por los dedos
nos ha escogido entre todas las almas del mundo,
y celebra sin dudar el alto vuelo del sol.

Nubes

Formaron cabezas de caballos,
fueron ijares y escudos,
una piedra que nos mira desde el fondo de un pozo.

Siguieron un camino trazado mucho antes,
en una época en la que todo se decidía en un billar.

La iglesia gris que vio pasar estudiantes confusos sigue vacía,
nunca sonó la campana en ella.

El atento salmodiar de los vendedores de pizza
no ha molestado el lejano rumbo de las nubes.

Pero nuestro corazón no cede.

El curso de la eternidad se dirimió en esta oscura barraca,
y así como arriba, abajo el día es de los navegantes que el cielo respetan,
y, de vez en cuando, miran otra cosa, una lejana.

Nubes

Formaron cabezas de caballos,
fueron ijares y escudos,
una piedra que nos mira desde el fondo de un pozo.



Colección
Lima Lee

